

Análisis de casos

La Guerra del Gas en Bolivia

Pablo Mamani Ramírez **El rugir de la multitud:
levantamiento de la ciudad aymara
de El Alto y caída del gobierno
de Sánchez de Lozada**

Carlos Villegas Quiroga **Rebelión popular y los derechos
de propiedad de los hidrocarburos**

Raúl Prada Alcoreza **Perfiles del movimiento social
contemporáneo
El conflicto social y político en Bolivia**

Silvia Escobar de Pabón **Ajuste y liberalización,
las causas del conflicto social**

Pablo Stefanoni **MAS-IPSP: la emergencia
del nacionalismo plebeyo**



El rugir de la multitud¹: levantamiento de la ciudad aymara de El Alto y caída del gobierno de Sánchez de Lozada²

Pablo Mamani Ramírez*

* *Sociólogo
indígena aymara.
Candidato a Maestro
en Ciencias Sociales,
mención
en estudios étnicos
por la Facultad
Latinoamericana
de Ciencias Sociales
(FLACSO), Ecuador.*

Historia y redes sociales en la ciudad de El Alto

El Alto es parte importante de la historia de las luchas sociales y políticas de los pueblos indígenas, tanto en la colonia como en la república. En 1781 Tupaj Katari-Bartulina Sisa habían construido allí uno de los “cuarteles indígenas” para cercar La Paz (Del Valle de Siles, 1990). En 1899 los aymaras contribuyeron en la guerra federal en la conformación de una muralla humana para hacer frente al posible ingreso de las tropas constitucionales de Fernández Alonso (Condarco, 1983). En 1952 “se convierte en el escenario político para confirmar el triunfo de la Revolución Nacional” (Fernández, 1993). El espacio-territorio de la ciudad de El Alto resume así una larga historia de luchas sociales indígenas, y ahora se ha convertido nuevamente en parte de esa historia. Es una de las más importantes ciudades con características indígenas-populares aymara del país, por su constitución demográfica, social, cultural, política, lingüística, y urbanísti-

ca. En este escenario se ha empezado a tejer una nueva configuración sociopolítica desde los sentidos de una identidad indígena urbana, agigantada por la agresión municipal y estatal como la que se mostró en las movilizaciones del 15 y 16 de septiembre contra los formularios maya y paya. En esos días se observó un desdoblamiento de tejidos sociales y culturales para inmovilizar la ciudad. Y entre la primera y segunda semana de octubre este hecho se masificó. Barrio por barrio, zona por zona y distrito por distrito fue recorrido por un sentimiento de autoafirmación “propia” sobre la constitución urbana indígena de esta ciudad, basado en la construcción social de la vida cotidiana y fundamentado en amplias relaciones de parentesco, compadrazgos dispersos en el espacio urbano, amistades interbarriales (entre jóvenes y mayores), y relaciones más o menos comunes de procedencia desde los ayllus y comunidades de la gran región de los Andes. Esta construcción social se manifiesta en las acciones colectivas beligerantes, en el bloqueo de las avenidas, la toma de las calles, las multitudinarias manifestaciones, y en los discursos politizados de sus dirigentes en un proceso que la convierte en fuerza alterna al estado. Por eso el lunes 13 de octubre, después de sufrir el domingo 12 una violenta masacre por parte de las fuerzas del gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada con más de 25 muertos, El Alto se moviliza de manera gigantesca hacia la ciudad de La Paz para exigir la renuncia del presidente de la república. El propósito de este artículo es mostrar el levantamiento indígena-popular de la ciudad de El Alto en contra de la venta de gas por Chile y por la renuncia de Sánchez de Lozada, desde el análisis de las identidades indígenas-populares urbanas y sus interrelaciones barriales.

Tramado cultural y levantamiento de la ciudad de El Alto

La ciudad de El Alto es uno de los centros urbanos más poblados del país. Representa al 28% del total del departamento de La Paz (INE, 2002). En el año 2001, el 81,29% de esta población se ha *autoidentificado* como indígenas, lo que señala que esta ciudad es indígena-popular (y fundamentalmente aymara) y que sufre una pobreza estructural (el departamento de La Paz tiene un 50,9% de pobres) (INE, 2002), careciendo de las necesidades más básicas como agua, salud, educación y vivienda. Ahora, ¿cómo se construye el levantamiento indígena-popular? ¿Qué tipo de estrategias se tejen y cómo se construyen las barricadas humanas, de adoquines, vidrios, piedras con quema de llantas y alambres de púa? ¿Qué significa enfrentarse a las fuerzas del estado? ¿Qué es un levantamiento indígena-popular?

El antecedente inmediato para entender el actual levantamiento de la ciudad de El Alto, es el paro cívico exitoso realizado el jueves 2 de octubre en contra de la masacre de Warisata. Después de esta experiencia o repertorio de acción se determina un nuevo paro cívico para el miércoles 8. En efecto, ese día, desde las primeras horas de la maña-

na, se observa una importante movilización desde los barrios alejados y cercanos a la ceja de El Alto para tomar las avenidas, sus plazas, barrios y así inmovilizar la ciudad, paralizándose las actividades en el comercio, la banca y el transporte. Se tejen comentarios en los distintos espacios de la vida social cotidiana urbana sobre lo que significa el nuevo paro cívico, y se comenta en las calles y en los lugares donde se realizan gigantesco bloqueos sobre la no venta del gas. Así, poco a poco, se amplía y se refuerza el tejido social basado en agrios comentarios contra el gobierno y, entre bromas y risas, se hace más sociable el levantamiento y se paraliza la ciudad por tiempo indefinido. Además, se comenta que el gobierno de Sánchez de Lozada “es un gobierno hambreador”, y que éste debe dejar el palacio. El primer día trágico de este levantamiento social es el jueves 9. En la mañana, en Ventilla, varias comunidades sufren una violenta agresión de parte de policías y militares. Hay dos heridos de gravedad. Senkata y Ventilla se convierten de pronto en verdaderos campos de batalla de piedras, gases y fusiles, en uno de los primeros actos de masacre gubernamental. Los vecinos de esta zona y de otras, gritan a viva voz: “No queremos ver al gringo vendepatria” (*El Alteño*, 2003). Así dentro de estas relaciones se gesta la toma directa de los barrios para preparar trincheras y fogatas. En algunas zonas se pone en escena la wiphala multicuadrada como señal de un posicionamiento político e identitario indígena, y hay intercambio de informaciones sobre lo que pasa entre una zona y otra a través de la gente que camina o va en bicicleta. En esa relación muchos de los que protagonizan los bloqueos, pese a no conocerse, construyen, al calor y circunstancia de las fogatas, amistades, solidaridades y hermandades significativas para crear un mayor peso en las acciones colectivas de la protesta. Las mujeres de pollera participan cargadas de sus hijos/as a través del habla en aymara o castellano y se sienten parte de una misma realidad. Y poco a poco se amplía un tramado de sentidos de pertenencia urbana de una ciudad indígena postergada desde mucho tiempo atrás.

El jueves 9, en Ventilla, hay nuevamente una violenta represión de las fuerzas del estado. Mueren un minero y un vecino. Los mineros habían arribado el día anterior procedentes de Huanuni. Y en ese momento se juntan dos fuerzas: los mineros y los indígenas urbanos y rurales del lugar. Es impresionante observar que ante la noticia de estas muertes se produce una movilización gigantesca de las zonas del sector sur de la ciudad. El camino a Oruro es tomado por los vecinos y la Avenida 6 de Marzo se ha convertido en otro escenario de guerra. Los militares y policías tienen que abrirse paso a balazos y gases lacrimógenos. En el cruce de la Avenida Bolivia se produce una avalancha humana que proviene de la zona Santiago II (barrio minero) y otros barrios aledaños para controlar la Avenida 6 de Marzo o camino a Oruro. Para el día siguiente El Alto es una ciudad totalmente tomada por los alteños, pese a la militarización y un estado de sitio de facto. Durante esos dos días se recolecta agua de las casas de la zona o Distrito II para ser enviada hacia Ventilla donde se encuentran los mineros e indígenas. Al mismo

tiempo se recolectan alimentos, particularmente en Santiago II, como parte de una efectiva forma de ampliar sentidos de solidaridad. En Kenko y barrios del lugar también hay una preocupación por enviar agua y alimentos hacia Ventilla.

Así se produce una toma directa de las calles y avenidas de la ciudad del El Alto. Hay trincheras construidas con adobe, piedras, latas y vidrios, y se observan en el paisaje de la ciudad humos negros por la quema de llantas viejas y desperdicios o basura de las calles, como si se hubiera producido un bombardeo. En todos estos espacios, antes del domingo 12, no hay policía ni ningún otro poder del estado, desplegándose una autoorganización total con acciones colectivas autónomas. Es interesante observar además cómo mujeres, niños y hombres adultos mantienen un control incluso de las pequeñas calles, aparentemente sin mucha importancia. Con esto se quiere demostrar la toma directa del territorio urbano al que pertenecen los alteños/as. Asimismo, en las noches hay muchos preparativos como para hacer frente a un eventual ingreso de las fuerzas represivas dentro de los territorios. Hasta altas horas de la noche y la madrugada del viernes 10 se mantiene este control. En ese sentido, hay una articulación sociopolítica generalizada que se manifiesta en acciones de toma directa de las calles, avenidas y plazas. Nuevamente se observa flamear las wiphalas y la bandera de Bolivia como señal de rechazo de lo que la gente ha empezado a llamar "la instauración de un gobierno chileno en La Paz". La gente se ha sumado decididamente a la movilización para tomar sus barrios y así tejer y mantener un control y autoorganización propias. Es una movilización densa que articula estrategias, sentidos y dignidades colectivas, que se manifiestan en acciones coordinadas y por turnos al interior de las familias, zonas y distritos e incluso entre las diversas organizaciones existentes en el territorio urbano de esta ciudad.

Otro de los días aún más trágicos es el sábado 11. Durante la noche en todo el sector de Senkata y avenida Bolivia hay violentos enfrentamientos entre vecinos y policías-militares y, pasado este momento, se produce una sangrienta represión a los vecinos de Santiago II, donde muere Felix Mollirecona, un niño de cinco años. Hay gran cantidad de heridos, y las ambulancias no llegan: las carretillas y bicicletas se han convertidos en ambulancias improvisadas. Incluso se había cortado la luz en toda la Avenida 6 de Marzo. Como reacción ante la agresión policial-militar los vecinos del lugar levantan la capa asfáltica para cavar zanjas de 80 cm. Hay una construcción de trincheras de guerra, que la gente ha empezado a llamar "guerra civil". Al norte de la ciudad de El Alto, en Ballivián, se producen nuevas y violentas represiones militares. El Regimiento 5 de policía de dicha zona ha sido rodeado. Allí muere otro alteño. Es la antesala de la masacre.

El domingo 12 de octubre se produce una masacre incalificable; han muerto 25 civiles y 1 soldado. En Senkata³, el gobierno, para trasladar combustible hacia la ciudad de La Paz, comete el primer acto de muerte donde pierden la vida tres personas por balas de gue-

“Es una movilización densa que articula estrategias, sentidos y dignidades colectivas, que se manifiestan en acciones coordinadas y por turnos al interior de las familias, zonas y distritos e incluso entre las diversas organizaciones existentes en el territorio urbano de esta ciudad”

rra. El hospital Corazón de Jesús se llena de heridos. La región norte de la ciudad es la que más sufre, donde se produce la mayor cantidad de muertes (*La Razón*, 2003). La decisión presidencial de oficializar la militarización de El Alto generó “la jornada más sangrienta en la historia de la joven ciudad y una de las [más] cruentas del período democrático” (*La Razón*, 2003). Ante tal magnitud de los acontecimientos se escucha y observa en las radioemisoras y en algunos canales de televisión, una cantidad impresionante de heridos y pedidos de auxilio reclamando atención médica inmediata. Se ha disparado indiscriminadamente contra la humanidad de los manifestantes. Las calles y avenidas se tiñen de sangre humana indígena-popular. Incluso han caído niños que no participaban en las movilizaciones. Hubo una arremetida militar indescriptible en las propias casas. Se ha actuado como contra un ejército regular cuando se trataba de una población desarmada. Al día siguiente se escuchan denuncias sobre que el ejército procedió como en las dictaduras militares, sin respetar a la población indefensa y fundamentalmente a los niños, ancianos y enfermos. Es una verdadera carnicería humana. Las calles, avenidas y plaza se llenan de cadáveres y de un dolor colectivo que no es fácil de expresar. Se generaliza una indignación total que se irradia rápidamente hacia otras ciudades vecinas de El Alto, como La Paz.

Hay un bullicio o rugir de la multitud (Steinberg, 1999) que reconstruye sentidos de un levantamiento general como un hecho inédito en la historia urbana de la ciudad. Se intensifican las construcciones de barricadas de fuego y adoquines en distintos lugares. Se han cavado nuevas zanjas para evitar todo movimiento de los militares-policiales motorizados, la única manera de frenar su ingreso. Se construyen campos “minados” para inmovilizar la represión y el ingreso de delincuentes, que también se aprovechan de la situación. Las juntas vecinales de cada zona se han convertido en microgobiernos territoriales, toda acción se coordina a través de estas instancias. A este conjunto de hechos lo llamamos el levantamiento de la ciudad de El Alto porque es una acción colectiva pare-



cida a los levantamientos de Achakachi y Omasuyus de 2000 y 2001, y que se enfrenta al poder establecido (pidiendo la renuncia del presidente de la república y la no exportación del gas por puertos chilenos) basándose en una variada construcción de barricadas, y mediante las wiphalas multicuadradas con la que teje y refuerza sentidos de pertenencia territorial e identitaria indígena y donde se producen liderazgos locales y gobiernos barriales. En el mismo sentido, se amplían las redes sociales y las solidaridades interbarriales y organizacionales. Es un hecho sin precedentes en la ciudad que de algún modo refleja su eslogan: “El Alto de pie, nunca de rodillas”. Esta construcción urbana de las identidades indígenas-populares se manifiesta también en la ciudad de La Paz el lunes 13. Ese día, nuevamente, se produce una sangrienta jornada en el marco del levantamiento social; según el periódico *El Diario* (2003) existen otros 25 muertos –incluso serían más– en distintas partes de El Alto y La Paz.

En este día una multitudinaria marcha baja a la ciudad de La Paz para exigir la renuncia del presidente Sánchez de Lozada. Y los barrios marginales del sur y centro de La Paz se convierten en nuevos escenario de violencia junto a la zona norte de la ciudad de El Alto. La represión se concentra particularmente en los barrios indígenas y no indígenas de Garita de Lima, plaza Eguino, San Francisco, Av. 16 de Julio y los alrededores del palacio de gobierno. En la masacre, Bolivia ha desnudado una vez más las relaciones de dominación étnicas. Las zonas residenciales se han hecho visibles socialmente como los archipiélagos físicos del poder dominante, siendo fuertemente custodiadas por efectivos militares y policiales. En uno de los medios de comunicación se da a conocer cómo los q’aras de la zona sur se preparan para un posible ingreso de los manifestantes a estas zonas (*La Prensa*, 2003). Hay una especie de psicosis social de los blanco-mestizos, quienes perciben que todo indígena y manifestante es destructor de la propiedad privada. Un imaginario que separa el mundo indígena-popular del mundo social de las élites blanco-mestizas y que

refuerza las fronteras étnicas y territoriales al interior de una misma ciudad. En este contexto, Sánchez de Lozada se dirige a la nación con un discurso televisado, y manifiesta: “yo no voy renunciar”. En el discurso del presidente se nota una abierta provocación a la multitud que exige su dimisión, y aparece como una declaración de guerra y una autorización pública de la masacre indígena-popular. Así nuevamente se visibilizan socialmente las fronteras que separan el estado de la sociedad indígena-popular, porque el discurso presidencial más que alivianar el conflicto, enardece aún más los ánimos. La gente en las calles grita: “es intolerable ver y escuchar a Sánchez de Lozada, y debe renunciar”. El gobierno en esas condiciones ha empezado a perder el control político y social, y sólo detenta el monopolio de la violencia física. A las protestas se suman otras ciudades como Oruro, Cochabamba, Sucre, Potosí y Santa Cruz. El vicepresidente de la república, Carlos Mesa, expresa su desacuerdo con las acciones de Lozada, infligiendo un duro golpe al poder político del presidente. El ministro de Economía renuncia, y el gobierno, poco a poco, se quiebra.

Mientras, en la ciudad de El Alto se habla de la necesidad de declarar a todos los fallecidos como “héroes indígena-popular”. Con lo que se han refortalecido los sentidos de identidad indígena urbana aymara tanto en El Alto como en las laderas de la ciudad de La Paz. Se tejen profundamente sentidos de hermandad étnica porque muchos de los soldados que han sido trasladados de otras regiones (Tarija, Beni, Santa Cruz, etc.) han insultado a los manifestantes diciéndoles “indios de mierda”. En las radios se escuchan testimonios de la brutal actuación de los militares, lo que ha sembrado un antecedente social bastante peligroso porque se percibe que la población andina ha sido masacrada por soldados “cambas”.

Y el martes 14, la ciudad de El Alto vive una tensa calma y se entierra a los caídos en distintas zonas. Hay un dolor colectivo que enraíza profundamente la vida social urbana y rural de las regiones indígenas de Bolivia. El Alto se encuentra embanderada y la wiphala indígena con crespón negro a media asta es señal de luto e indignación. Muchos niños/niñas y mujeres han quedado sin padres y esposos. Hay más de 400 heridos. Son momentos de rabia e impotencia colectiva. La ciudad es un verdadero campo de redefinición y refortalecimiento sociopolítico indígena-popular. Hay llamamientos en las radioemisoras para que los aymaras de todas partes estén unidos y, así, poder luchar juntos. Dentro de este difícil escenario se tumban cuatro de las gigantes pasarelas construidas sobre la avenida Juan Pablo II y Río Seco, donde los militares y policías se habían apostado para controlar (y disipar) estratégicamente a los manifestantes, reconstruyendo estos lugares como una especie de panóptico para castigar los cuerpos que se movilizan en contra del poder establecido. El Alto es un territorio “minado” o de guerra porque hasta el miércoles 15 se ha extendido el cavado de zanjas, barricadas y vigilia organizadas por turnos, por zonas y cuadra en cuadra. Se han movilizado las mismas estructuras de la vida social. Muchos aportan un poco de dinero para comprar petardos, otros maderas, viejas llantas, palas y picos. El

miércoles 15, después de la tensa calma del día anterior, nuevamente se reinician los preparativos en la ciudad de El Alto para bajar a La Paz. Los marchistas coccaleros de los yungas se dirigen hacia Villa Fátima y de allí hacia el centro de La Paz. Asimismo, se anuncia la llegada de miles de indígenas desde la aguerida región de Omasuyus, que desde hace un mes mantienen un bloqueo indefinido en el altiplano y los valles norte de La Paz. Por su parte, hay otra columna de mineros cooperativistas que vienen desde Oruro y que fueron violentamente reprimidos en Patacamaya, donde mueren tres (*El Diario*, 2003). También se anuncia la llegada de 14 mil indígenas del altiplano central, particularmente de Aroma. La ciudad de La Paz y las zonas residenciales a las que apuntan las movilizaciones se encuentran cercadas. Es un cerco de murallas humanas y piedras que evoca las memorias y miedos de aquel otro de Tupaj Katari-Bartulina Sisa de 1781.

Al interior de la ciudad de El Alto hay nuevos preparativos para una movilización hacia La Paz y exigir la renuncia inmediata de Sánchez de Lozada. Incluso en algunos de los sectores se pide la cabeza del presidente. Hay una decisión tomada socialmente: Sánchez de Lozada “debe renunciar”. Ante esto, los dirigentes de la Central Obrera Regional (COR) de El Alto, el presidente de la Federación de Juntas Vecinales (FEJUVE) de El Alto, y el representante de los Gremialistas no están autorizados para dialogar con el gobierno. Este es un pedido generalizado. Así hay varias fuerzas que acechan al gobierno y a las zonas residenciales de La Paz: los mineros, gremialistas, indígenas o “campesinos”, los maestros, intelectuales y fundamentalmente los aymaras alteños. El gobierno de la coalición emite un manifiesto basado en cuatro puntos: referéndum consultivo por departamento para la exportación de gas, revisión de la ley de hidrocarburos, asamblea constituyente y preservación de la democracia. El manifiesto no es bien recibido. Todos coinciden en afirmar que “es muy tarde”. Una vez más el gobierno se equivoca. Al parecer no conoce la forma y sentido de la rebelión que tienen las poblaciones indígenas aymara o qhiswa de la gran región andina; cuando se toma una decisión colectiva, no se retrocede.

En el interior del país, en Cochabamba y el Chapare, se incrementan los bloqueos de caminos. En Oruro y Potosí hay una gran inquietud y movilizaciones. Se informa de una creciente escasez de productos alimenticios en estas ciudades y aumentan los pedidos de renuncia del presidente de la república. El jueves 16, después de nueve días de paro cívico indefinido de El Alto y cuatro en la ciudad de La Paz, se produce una nueva y multitudinaria movilización que baja desde El Alto hacia la hoyada. Desde tempranas horas de la mañana, desde distintos barrios y distritos se observa una agitada movilización con preparativos de pancartas donde expresan: “Goni asesino”, “el gas no se vende”, “renuncia de Goni”, “Goni carnicero”, etc. Las columnas de marchistas salen desde dos grandes regiones urbanas: la zona norte y sur. Desde cruce Villa Adela, unos, y otros, desde la altura del cruce el Kenko, se van acercando columnas de marchistas con palos, piedras, wiphalas y bande-

“En el discurso del presidente se nota una abierta provocación a la multitud que exige su dimisión [...] nuevamente se visibilizan socialmente las fronteras que separan el estado de la sociedad indígena-popular, porque el discurso presidencial más que alivianar el conflicto, enardece aún más los ánimos”

ras de Bolivia. Desde la región norte, Río Seco, Villa Ingenio y otros, se aproximan otras columnas para bajar por Ballivián, la Ceja de El Alto, el Faro Murillo y Pasanqueri. Dos helicópteros vuelan permanentemente sobre los marchistas, en los que se sospecha viajan francotiradores.

Al bajar por las laderas oeste de La Paz hemos podido observar un recibimiento jubiloso de los vecinos. Unos echaban agua desde las ventanas de las casas para refrescar a los manifestantes en señal de solidaridad y apoyo a la multitudinaria marcha. Otros ofrecían refrescos en bolsitas de nylon y otros botaban galletas. Se observan profusas columnas que se acercan hacia la hoyada. En el centro de la ciudad de La Paz, en la plaza San Francisco, la Av. 16 de Julio, El Prado, Av. Camacho se inicia, desde las cuatro esquinas, el cerco de la Plaza Murillo donde se encuentra el palacio de gobierno. Los policías ubicados en la primera línea de las murallas de seguridad del palacio y los militares en la segunda y tercera ven con mucho nerviosismo cómo la multitud grita: “Goni asesino”, “Goni ya no te queremos”, pero han sido marchas pacíficas que desmiente la versión del gobierno de que los manifestantes provocan acciones violentas. Sánchez de Lozada había denunciado a la prensa internacional que en Bolivia hay un movimiento narco sedicioso que tiene la finalidad de destruir la democracia. Se ha mostrado que, por el contrario, es el gobierno el que ha atentado contra la democracia con la muerte de más de 76 personas en 9 días y más de 400 heridos. La plaza de San Francisco ante la multitud politizada ha quedado muy pequeña. Algunos han calculado la participación de 50 mil manifestantes, pero fueron más de 150 mil, porque muchas columnas marchaban por fuera de la plaza. El bullicio de la multitud es ensordecedor, como no se había visto en más de veinte años. El gobierno está cercado. Incluso se han sumado a las movilizaciones sociales los sectores tradicionalmente favorecidos o administradores del estado, la zona sur no indígena o lo que los aymaras llaman, los q’aras. Y nuevamente Carlos Mesa se pronuncia en contra de la administración de Sánchez de Lozada, y afirma “no soy partidario de matar a la gente”. Se resquebraja más el

gobierno, y poco a poco (como ha sido construido) se desmorona. Los soportes políticos, intelectuales y morales no funcionan porque se multiplican los pedidos de renuncia como el de la ex defensora del pueblo, Ana María de Campero. La situación ya es insostenible y su perdurabilidad se hace cada vez más incierta.

En efecto, el viernes 17 de octubre a mediodía se anuncia la posible renuncia de Sánchez de Lozada. La noticia se esparce como reguero de pólvora sobre los territorios movilizados. Hay iniciales expresiones de júbilo, particularmente de la ciudad aymara de El Alto. Ya en la mañana Manfred Reyes Villa de Nueva Fuerza Republicana (NFR) había anunciado su alejamiento del gobierno con las renuncias de sus tres ministros. En la tarde, Jaime Paz Zamora hace lo propio. El gobierno del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) ante esta nueva realidad política no tiene otra alternativa y se precipita en pedazos. Las horas no pasan rápido y la espera se hace tensa. Es la espera de un final dramático, de la caída del gobierno de Sánchez de Lozada al que los alteños han empezado a llamar el “carnicero” por la masacre perpetrada el 12 y 13 de octubre.

Durante ese día una multitud aún se moviliza en la Plaza San Francisco. Han llegado desde Aroma, Omasuyus, Muñecas, Los Andes, y desde Oruro la organización de los ayllus Jach'a Karangas. En la tarde llegan también los cooperativistas mineros de Huanuni hacia El Alto. De persistir mantenerse en el gobierno, Sánchez de Lozada hubiera provocado una acción más radical de todos estos sectores con el ingreso a la zona sur no indígena y al propio palacio de gobierno aunque a un costo humano muy alto. La clase política, de algún modo, ha buscado una salida menos dramática para mantener los privilegios acumulados. A las 9:40 de la noche aproximadamente se lee en el parlamento oficialmente la carta de renuncia del presidente. En ella, Sánchez de Lozada vuelve a acusar a las organizaciones sociales de ser parte de “la desintegración nacional, (de) el autoritarismo corporativista y sindical y (de) la violencia fratricida”, se muestra hasta el final como un hombre soberbio. El parlamento acepta con 97 votos a favor y 30 en contra la renuncia. Ante su oficialización, la ciudad de El Alto y parte de la hoyada estalla en júbilo con el reventón de petardos y dinamita que dura hasta la medianoche. Mucha gente se ha concentrado en los alrededores de las plazas, calles y avenidas para gritar: “¡Goni cayó!”. Miles de ellos expresan su alegría al afirmar: “ha valido la pena”. Por ello entre los distintos sectores indígenas movilizados, los mineros y los indígenas urbanos, rurales autoidentificados como parte de una misma realidad, el domingo 19 se abrazan y se despiden en la ceja de El Alto, pero anuncian que volverán a La Paz cuando sus demandas sean burladas.

Carlos Mesa como presidente de la república sostiene que habrá referéndum vinculante para la exportación del gas, atención a las mayorías marginadas, asamblea constituyente y revisión de la ley de hidrocarburos. A la misma hora Sánchez de Lozada sale

rumbo a Miami, Estados Unidos. El discurso de Carlos Mesa, sin embargo, no resulta claro en cuanto a la vigencia del modelo de libre mercado y del Decreto 21.060 que han profundizado la pobreza en Bolivia. Y lo fundamental, la clase política no cayó junto a Sánchez de Lozada, sino que sobrevivió al levantamiento indígena-popular. También es importante señalar que en el discurso del presidente no ha quedado definido qué va pasar con las leyes de seguridad ciudadana, la de hidrocarburos, la de capitalización, y la reforma de la constitución política del estado.

El Alto un nuevo escenario sociopolítico

La ciudad indígena-popular aymara de El Alto ha sufrido una de las masacres nunca vista en su joven historia. Se ha hecho un uso indiscriminado de la fuerza militar para tratar de acallar e inmovilizar el levantamiento. Hecho explicable de algún modo por la construcción estatal y social de un racismo histórico contra esta población. Desde los espacios del poder se imagina y se construye a la ciudad de El Alto como la Otra Ciudad, la ciudad de los indios. Hay relaciones de discriminación étnica que son muy fuertes, vistas incluso como naturales. Esto se nota en la vida cotidiana cuando se escucha decir en las radioemisoras: "El Alto es una ciudad sucia y desordenada". También se observa en los minibuses que transitan entre La Paz y El Alto, cuando las señoras o caballeros "distinguidos" usan perfumes desodorantes para tratar de hacer desaparecer el olor y posiblemente el color del resto de los pasajeros. Hay una construcción social y cultural de fronteras étnicas históricas que se manifiestan como hábitos (es lo que Bourdieu [1991] llama la distinción) y una construcción racial de las relaciones sociales entre los indios y los sectores blanco-mestizos que de tiempo en tiempo se manifiestan en violencia simbólica y física. La masacre estatal-gubernamental de la ciudad de El Alto el 12 de octubre de 2003 a 511 años de la llegada de los Pizarros y Almagros es un acto político y militar de estas construcciones racistas del poder en Bolivia. Sánchez de Lozada, con una educación norteamericana, se ha mostrado como el referente de estas construcciones raciales de las relaciones de poder político y social, y sobre esa base ha actuado sangrientamente contra las poblaciones y pueblos indígenas muy parecido a los social-darwinistas del siglo pasado que exigían a los gobernantes el exterminio de la raza indígena. La masacre del 12 y 13 de octubre, de algún modo, es parte de estos mecanismos de violencia estatal anti-indígena aymara.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre 1991 *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto* (Madrid: Tauro Humanidades).
- Condarco, Ramiro Zarate 1983 *El "Temible" Willka. Historia de la rebelión indígena de 1899 en la república de Bolivia* (La Paz: Renovación).
- Del Valle de Siles, María E. 1990 *La historia de la rebelión de Tupac Katari, 1 781-1782* (La Paz: Don Bosco).
- El Alteño* 2003 (El Alto) 14 de octubre.
- El Alteño* 2003 (El Alto) 12 de octubre.
- El Alteño* 2003 (El Alto) 9 de octubre.
- El Diario* 2003 (La Paz) 18 de octubre.
- El Diario* 2003 (La Paz) 16 de octubre.
- El Diario* 2003 (La Paz) 14 de octubre.
- El Diario* 2003 (La Paz) 11 de octubre
- Fernández, R. Jhonny 1993 *En las manos de la ciudad de El Alto* (Centro de reporteros populares).
- García Linera, Álvaro 2001 *Indios y q'aras: la reinención de las fronteras internas* , julio <<http://www.clacso.edu.ar>>
- INE 2002 *Bolivia: Características de la población* (La Paz: INE).
- INE 2001 *Mapa de pobreza de Bolivia* (La Paz: INE).
- La Prensa* 2003 (La Paz) 12 de octubre.
- La Razón* 2003 (La Paz) 13 de octubre.
- Mamani, Pablo s/d *El rugir de la multitud. La fuerza de los levantamientos indígenas en Bolivia/Qullasuyu* (próximo a publicarse).
- Quispe, Felipe 1990 *Tupak Katari vive y vuelve... Carajo* (La Paz: Ofensiva Roja).
- Steinberg, Marc W. 1999 "El rugir de la multitud: repertorios discursivos y repertorios de acción colectiva de los hiladores de seda de Spitalfields, en el Londres del siglo XIX", en Auyero, Javier *Caja de herramientas: lugar de la cultura en la sociología norteamericana* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes).

Notas

- 1 Rescatamos la idea y la frase de Marc Steinberg (1999).
- 2 Este artículo se terminó de escribir el domingo 19 de octubre de 2003 y ha circulado en varias páginas web.
- 3 Senkata está en el sur, Distrito II, de la ciudad de El Alto. En esa zona está ubicada la planta de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) de donde se provee de combustible a las ciudades de El Alto y La Paz.